

Wilfried Stroh

El latín ha muerto,
¡viva el latín!

Breve historia de una
gran lengua

Traducción de
Frúela Fernández

Prólogo de
Joaquín Pascual Barea

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2012

Prólogo

Este libro ofrece el panorama más amplio posible de la historia de la lengua y la literatura latinas desde sus orígenes hasta hoy, y un relato apasionante y ameno que enseguida cautivará al lector. El estilo elegante, claro y desenfadado de la narración refleja la personalidad y buen humor del autor, quien logra transmitir su amor y entusiasmo por el latín, y el placer e interés que encuentra en las obras de cualquier época escritas en esta lengua. Su lectura resultará adecuada y aun necesaria para cualquier persona culta que quiera conocer la historia completa de la lengua más fascinante que ha existido (y existe) sobre la Tierra. Y su original y atrevido planteamiento también enriquecerá la visión del latinista, quien hallará argumentos y herramientas para hacer más atractivo el aprendizaje de la «Reina de las lenguas», que como Horacio sigue resistiéndose a morir del todo.

El profesor Stroh, uno de los filólogos clásicos más reputados y admirados de nuestro tiempo, ha logrado el doble objetivo de enseñar y deleitar que su admirado Horacio atribuía a los poetas. Sus vastos conocimientos, rigor científico y fina erudición laten en las páginas del libro, pero él evita conscientemente la exposición sistemática de los contenidos convencionales de un manual académico sobre la evolución de la fonética, la morfosintaxis o el léxico de la lengua latina. Antes prefiere amenizar su relato de los principales hitos de esta historia con sabrosas anécdotas y sugestivas citas que contribuyen a instruir y divertir; con comparaciones que permiten entender mejor algunos de los textos y episodios seleccionados; con agudas y jugosas reflexiones sobre las obras

y autores más influyentes y representativos; y con apostillas y exclamaciones irónicas que reflejan su opinión personal y sus sentimientos sobre los hechos que cuenta.

Todo ello explica en parte que la obra llegue avalada por el éxito de su edición original en alemán (Berlín: List, 2007), algo insólito en nuestro siglo para una obra sobre el latín, lo que obligó a reeditarla ese mismo año (Frankfurt a. M. / Zúrich / Viena: Gutenberg), y a publicarla el año siguiente como libro de bolsillo, de forma que pronto se vendieron más de 100.000 ejemplares, y figuró durante varias semanas entre los libros más vendidos en Alemania. Esta traducción castellana ha estado precedida por otra al húngaro (Budapest: Typotex, 2011), y por una traducción francesa anterior (París: Les Belles Lettres, 2008).

Otra de las razones de este generalizado interés radica en que el libro no concluye, como otras historias de la lengua latina, con la extinción del latín coloquial de forma natural al transformarse en las distintas lenguas romances después de que se hubiera acentuado la brecha entre el latín escrito y el latín hablado desde la Época Imperial. Por el contrario, ofrece una visión unitaria del latín por estar basado en una misma norma gramatical desde hace más de dos milenios, por lo que su historia también incluye su cultivo como lengua culta desde el Medievo hasta nuestros días. Pues si hoy resulta habitual que en el programa de estudios de Filología Clásica figure al menos una asignatura sobre la ingente y trascendental producción latina de la Edad Media, y que algunas universidades también incluyan la literatura latina del Renacimiento, las obras escritas en la Edad Contemporánea y la práctica del latín en la actualidad suelen ser menospreciadas o ignoradas por los filólogos clásicos demasiado severos como algo ajeno a su campo de estudio, mientras que muchos lectores no iniciados llegan a encontrar estas obras tanto más interesantes cuanto más cercanas a nuestro tiempo. Stroh, por su parte, dentro de sus planteamien-

tos originales y en ocasiones provocadores, combate la idea preconcebida de que el latín cultivado desde la Edad Media hasta hoy difiera esencialmente del latín clásico que toma como modelo, cuando más bien es la lengua hablada y escrita de época arcaica la que claramente se diferencia de la norma clásica.

Comienza el libro con los orígenes míticos e indoeuropeos y con los primeros testimonios de la lengua, pero en lugar de recoger las distintas hipótesis de reconstrucción del sistema lingüístico en época preliteraria, Stroh otorga más relevancia a los relatos poéticos y legendarios de los propios romanos sobre el origen de su lengua, que resultan más atractivos y no son de menor interés. Entre los autores clásicos ineludibles que desfilan por estas páginas, dedica una especial atención a la prosa de Cicerón, de cuya obra es un reconocido especialista, y a la poesía de Virgilio, Horacio, Ovidio y otros autores de elegías amorosas, a la que también ha dedicado importantes libros y estudios.

Comenta a continuación las principales etapas y altibajos en el cultivo del latín durante la Edad Media; explica cómo la recuperación del latín de la Época Clásica fue el objetivo central de Dante, Petrarca, Boccaccio y de otros humanistas del Renacimiento italiano, destacando a continuación el papel de Erasmo en este mismo sentido. A partir de aquí presta una atención preferente al latín practicado y enseñado en Alemania, primero por los humanistas y más tarde por autores como el jesuita bávaro del siglo xvii Jakob Balde, quien superaba en ingenio a los mejores poetas alemanes de su tiempo, y podría equipararse a los poetas latinos de la Antigüedad.

El autor engarza la historia de la lengua con la de las obras literarias y con los sucesos históricos que condicionaron la forma e intensidad de su cultivo, descubriéndonos que ha sido empleada de forma oral y escrita hasta nuestros días por importantes personajes de la política, las artes, la filosofía y las ciencias, como Co-

pérnico, Kepler, Galileo, Descartes, Newton, Leibniz, Bacon, Linneo, e incluso Carlos Marx durante sus años de estudiante. A través de sus comentarios estilísticos pone de relieve cómo el dominio del latín nos permite el privilegio exclusivo de acceder directamente —algo que no suple ninguna traducción— a obras escritas desde hace más de dos mil años hasta hoy. Y la importancia capital del latín para la cultura occidental garantiza que en el futuro también puedan ser comprendidos los textos de interés que hoy siguen escribiéndose en esta lengua inmortal. Los últimos episodios, de algunos de los cuales ha sido protagonista el propio autor en mayor o menor medida, permiten entender su visión del latín como una lengua apasionante y llena de vida, magia y energía.

Termina esta historia con la noticia del estreno de la cantata de Jan Novák *Politicon* en Múnich la tarde del 11 de septiembre de 2001, al que yo mismo asistí. Pero la tabla cronológica de la versión alemana incluye noticias de 2005 sobre la encíclica *Deus est caritas* de Benedicto XVI y sobre la película en latín *Armillar* para la enseñanza de la lengua, y de 2006 sobre las noticias semanales en latín del gobierno de Finlandia durante su semestre de presidencia de la Comunidad Europea, y sobre la celebración del XI Congreso de la *Academia Latinitati Fovendae* en España, del que entre otros momentos entrañables recuerdo la magistral ponencia que impartió Stroh en Alcañiz, y su intervención en Amposta en un debate en el que, frente a los colegas que defendían el empleo y enseñanza de un latín vehicular muy simple para adaptarlo a la mentalidad actual, él propugnaba hablar latín según el modelo de los autores clásicos con el máximo rigor posible, criterio al que se adhería Michael von Albrecht poniendo el latín de Valahfridus como el ejemplo a seguir.

Una de las conclusiones de esta historia consiste en la necesidad de enseñar el latín con la metodología propia de cualquier lengua extranjera, y no como una lengua que sólo pudiera ser

traducida y estudiada como materia teórica. El cultivo ininterrumpido del latín durante los últimos doce siglos, el que buena parte de los autores clásicos la aprendieran como segunda lengua, el que las lenguas extranjeras no siempre sean enseñadas por profesores nativos, y sobre todo los resultados obtenidos con esta metodología prueban que el hecho de que el latín deba ser aprendido en la escuela y no cuente con hablantes nativos no constituye un obstáculo insalvable para su aprendizaje como segunda lengua.

Wilfried Stroh o Valahfridus, gracias a la asombrosa competencia activa en esta lengua que une a un impresionante currículum investigador y docente, encarna además hoy día como nadie al orador y al poeta antiguo, al maestro de Retórica, al músico y al actor de teatro y televisión, habiendo interpretado además recientemente el papel de Mozart en la presentación de la ópera de este en latín *Apollo et Hyacinthus*. Tuve la suerte de conversar asiduamente con él de julio a septiembre de 2001, y de asistir al curso sobre los *Amores* de Ovidio que impartía en latín en la Universidad Ludwig-Maximilians de Múnich, donde ha sido catedrático de Filología Latina hasta su jubilación en 2005. Siguiendo su ejemplo, desde el mes siguiente y hasta hoy he procurado transmitir a mis alumnos de la Universidad de Cádiz la idea de que el latín es una lengua que se aprende mejor concibiéndola como tal y en la que aún es posible comunicarse, recurriendo para ello a algunos de los recursos que propone Stroh en esta obra (p. 349): audición de poemas de Horacio y Catulo del disco de Novák *Schola cantans*; representación en latín de fragmentos de comedias de Plauto; uso hablado del latín en clases de Textos y de Poesía; e impartición de más de diez cursos cuatrimestrales de Latín Activo siguiendo la metodología de las lenguas modernas. Otros profesores españoles, sobre todo en la Enseñanza Secundaria, se han lanzado en estos últimos años a conversar en latín y a seguir en clase el manual *Lingua Latina per se illustrata* de Hans Ørberg, justamente elogia-

do en este libro por enseñar el latín sin recurrir a la lengua vernácula. Entre otros medios, la revista *La Clave* y las emisoras de Radio Nacional y Punto Radio se han hecho eco del creciente empleo del latín hablado en nuestro país, y cada vez son más los que se alegran de que el latín siga vivo, y reciben con los brazos abiertos un libro como este.

Joaquín Pascual Barea
Catedrático de Filología Latina